

ROJAS ZORRILLA, FRANCISCO DE (1607-1648)

DEL REY ABAJO, NINGUNO

ÍNDICE:

JORNADA PRIMERA
JORNADA SEGUNDA
JORNADA TERCERA

Hablan en ella las personas siguientes:

DON GARCÍA, labrador
DOÑA BLANCA, labradora
TERESA, labradora
BELARDO, viejo
DON MENDO
BRAS
EL REY
LA REINA
EL CONDE DE ORGAZ, viejo
TELLO, criado
DOS CABALLEROS
MÚSICOS LABRADORES

JORNADA PRIMERA

(Sale el REY con banda roja atravesada, leyendo un memorial, y DON MENDO)

REY

Don Mendo, vuestra demanda
he visto.

DON MENDO

Decid querella;
que me hagáis, suplico en ella,
caballero de la Banda.
Dos meses ha que otra vez
esta merced he pedido;
diez años os he servido

en Palacio y otros diez
en la guerra, que mandáis
que esto preceda primero
a quien fuere caballero
de la insignia que ilustráis.
Hallo, señor, por mi cuenta,
que la puedo conseguir,
que, si no, fuera pedir
una merced para afrenta.
Respondióme lo vería;
merezco vuestro favor,
y está en opinión, señor,
sin ella la sangre mía.

REY

Don Mendo, al Conde llamad.

DON MENDO

Y a mi ruego, ¿qué responde?

REY

Está bien; llamad al Conde.

DON MENDO

El Conde viene.

REY

Apartad.

(Sale el CONDE con un papel)

DON MENDO

Pedí con satisfacción
la Banda, y no la pidiera
si primero no me hiciera
yo propio mi información.

REY

¿Qué hay de nuevo?

CONDE

En Algecira
temiendo están vuestra espada;
contra vos el de Granada
todo el África conspira.

REY

¿Hay dineros?

CONDE

Reducido

en este veréis, señor,
el donativo mayor
con que el reino os ha servido.

REY

La información, ¿cómo está
que os mandé hacer en secreto,
Conde, para cierto efeto
de don Mendo? ¿Hízose ya?

CONDE

Sí, señor.

REY

¿Cómo ha salido?
La verdad, ¿qué resultó?

CONDE

Que es tan bueno como yo.

REY

La gente con que ha servido
mi reino, ¿será bastante
para aquesta empresa?

CONDE

Freno
seréis, Alfonso el Onceno,
con él del moro arrogante.

REY

Quiero ver, conde de Orgaz,
a quién deba hacer merced
por sus servicios. Leed.

CONDE

El reino os corone en paz
adonde el Genil felice
arenas de oro reparte.

REY

Guárdeos Dios, cristiano Marte.

Leed, don Mendo.

DON MENDO

Así dice:

«Lo que ofrecen los vasallos
para la empresa a que aspira
Vuestra Alteza, de Algecira:
En gente, plata y caballos,
don Gil de Albornoz dará
diez mil hombres sustentados;
el de Orgaz dos mil soldados;
el de Astorga llevará
cuatro mil, y las ciudades
pagarán diez y seis mil;
con su gente hasta el Genil
irán las tres Hermandades
de Castilla; el de Aguilar
con mil caballos ligeros,
mil ducados en dineros;
García del Castañar
dará para la jornada
cien quintales de cecina,
dos mil fanegas de harina
y cuatro mil de cebada;
catorce cubas de vino,
tres hatos de sus ganados,
cien infantes alistados,
cien quintales de tocino;
«y doy esta poquedad
porque el año ha sido corto,
más ofrézcole, si importo
también a Su Majestad,
un rústico corazón
de un hombre de buena ley,
que aunque no conoce al Rey,
conoce su obligación.»

REY

¡Grande lealtad y riqueza!

DON MENDO

Castañar, humilde nombre.

REY

¿Dónde reside este hombre?

CONDE

Oiga quién es Vuestra Alteza:

Cinco leguas de Toledo,
Corte vuestra y patria mía,
hay una dehesa adonde
este labrador habita,
que llaman el Castañar
que con los montes confina,
que desta imperial de España
son posesiones antiguas.

En ella un convento yace
al pie de una sierra fría,
del caballero de Asís,
de Cristo efigie divina,
porque es tanta de Francisco
la humildad que le entroniza,
que aun a los pies de una sierra
sus edificios fabrica.

Un valle el término incluye
de castaños, y apellidan
del Castañar, por el valle,
al convento y a García,
adonde, como Abraham,
la caridad ejercita,
porque en las cosechas andan
el cielo y él a porfía.

Junto del convento tiene
una casa compartida
en tres partes: una es
de su rústica familia,
copioso albergue de fruto
de la vid y de la oliva,
tesoro donde se encierra
el grano de las espigas,
que es la abundancia tan grande
del trigo que Dios le envía,
que los pósitos de España
son de sus trojes hormigas;
es la segunda un jardín
cuyas flores, repartidas,
fragantes estrellas son
de la tierra y del sol hijas,
tan varias y tan lucientes
que parecen, cuando brillan,
que bajó la cuarta esfera
sus estrellas a esta quinta;

es un cuarto la tercera
en forma de galería,
que de jaspes de San Pablo
sobre tres arcos estriba;
ilústranle unos balcones
de verde y oro, y encima
del tejado de pizarras
globos de esmeraldas finas;
en él vive con su esposa
Blanca, la más dulce vida
que vio el amor, compitiendo
sus bienes con sus delicias,
de quien no copio, señor,
la beldad que el sol envidia,
porque agora no conviene
a la ocasión ni a mis días;
baste deciros que siendo
sus riquezas infinitas,
con su esposa comparadas,
es la menor de sus dichas.
Es un hombre bien dispuesto,
que continuo se ejercita
en la caza, y tan valiente
que vence a un toro en la lidia.
Jamás os ha visto el rostro
y huye de vos, porque afirma
que es sol el Rey y no tiene
para tantos rayos vista.
García del Castañar
es éste y os certifica
mi fe que, si le lleváis
a la guerra de Algecira,
que llevéis a vuestro lado
una prudencia que os rija,
una verdad sin embozo,
una agudeza advertida,
un rico sin ambición,
un parecer sin porfía,
un valiente con discurso
y un labrador sin malicia.

REY

¡Notable hombre!

CONDE

Os prometo

que en él las partes se incluyen,
que a Palacio constituyen
un caballero perfeto.

REY

¿No me ha visto?

CONDE

Eternamente.

REY

Pues yo, Conde, le he de ver;
dél experiencia he de hacer;
yo y don Mendo solamente
y otros dos hemos de ir;
pues es el camino breve,
la cetrería se lleve
porque podamos fingir
que vamos a caza, que hoy
desta suerte le he de hablar,
y en llegando el Castañar
ninguno dirá quién soy.
¿Qué os parece?

CONDE

La agudeza
a la ocasión corresponde.

REY

Prevenid caballos, Conde.

CONDE

Voy a serviros.

(Vase, y sale la REINA)

DON MENDO

Su Alteza.

REINA

¿Dónde, señor?

REY

A buscar
un tesoro sepultado
que el Conde ha manifestado.

REINA
¿Lejos?

REY
En el Castañar.

REINA
¿Volveréis?

REY
Luego que ensaye
en el crisol su metal.

REINA
Es la ausencia grave mal.

REY
Antes que los montes raye
el sol, volveré, señora,
a vivir la esfera mía.

REINA
Noche es la ausencia.

REY
Vos, día.

REINA
Vos, mi sol.

REY
Y vos, mi aurora.

(Vase la REINA)

DON MENDO
¿Qué decís a mi demanda?

REY
De vuestra nobleza estoy
satisfecho, y pondré hoy
en vuestro pecho esta banda;
que si la doy por honor
a un hombre indigno, don Mendo,
será en su pecho remiendo

en tela de otra color,
y al noble seré importuno
si a su desigual permito,
porque, si a todos admito,
no la estimará ninguno.

(Vanse, y sale DON GARCÍA, labrador)

DON GARCÍA

Fábrica hermosa mía,
habitación de un infeliz dichoso,
oculto desde el día
que el castellano pueblo vitorioso,
con lealtad oportuna,
al niño Alfonso coronó en la cuna.
En ti vivo contento,
sin desear la Corte o su grandeza,
al ministerio atento
del campo donde encubro mi nobleza,
en quien fui peregrino
y estraño huésped, y quedé vecino.
En ti, de bienes rico,
vivo contento con mi amada esposa,
cubriendo su pellico
nobleza, aunque ignorada, generosa;
que aunque su ser ignoro,
sé su virtud y su belleza adoro.
En la casa vivía
de un labrador de Orgaz, prudente y cano;
vila, y dejóme un día,
como suele quedar en el verano,
del rayo a la violencia,
ceniza el cuerpo, sana la apariencia.
Mi mal consulté al Conde,
y asegurando que en mi esposa bella
sangre ilustre se esconde,
caséme amante y me ilustré con ella,
que acudí, como es justo,
primero a la opinión y luego al gusto.
Vivo en feliz estado,
aunque no sé quién es y ella lo ignora,
secreto reservado
al Conde, que la estima y que la adora;
ni jamás ha sabido
que nació noble el que eligió marido
mi Blanca, esposa amada,

que divertida entre sencilla gente
de su jardín traslada
puros jazmines a su blanca frente.
Mas ya todo me avisa
que sale Blanca, pues que brota risa.

(Salen DOÑA BLANCA, labradora, con flores, BRAS, TERESA, y BELARDO, viejo, y MÚSICOS PASTORES)

MÚSICOS

Ésta es blanca como el sol,
que la nieve no.
Ésta es hermosa y lozana,
como el sol,
que parece a la mañana,
como el sol,
que aquestos campos alegra,
como el sol,
con quien es la nieve negra,
y del almendro la flor.
Ésta es blanca como el sol,
que la nieve no.

DON GARCÍA

Esposa, Blanca querida,
injustos son tus rigores,
si por dar vida a las flores
me quitas a mí la vida.

DOÑA BLANCA

Mal daré vida a las flores
cuando pisarlas suceda,
pues mi vida ausente queda
adonde animas amores;
porque así quiero, García,
sabiendo cuánto me quieres,
que si tu vida perdieras,
puedas vivir con la mía.

DON GARCÍA

No habrá merced que sea mucha,
Blanca, ni grande favor
si le mides con mi amor.

DOÑA BLANCA

¿Tanto me quieres?

DON GARCÍA

Escucha:

No quiere el segador al aura fría,
ni por abril el agua mis sembrados,
ni yerba en mi dehesa mis ganados,
ni los pastores la estación umbría,
ni el enfermo la alegre luz del día,
la noche los gañanes fatigados,
blandas corrientes de amenos prados,
más que te quiero, dulce esposa mía;
que si hasta hoy su amor desde el primero
hombre juntaran, cuando así te ofreces,
en un sujeto a todos les prefiero;
y aunque sé, Blanca, que mi fe agradeces,
y no puedo querer más que te quiero,
aun no te quiero como tú mereces.

DOÑA BLANCA

No quieren más las flores al rocío,
que en los fragantes vasos el sol bebe;
las arboledas la deshecha nieve,
que es cima de cristal y después río;
el índice de piedra al norte frío,
el caminante al iris cuando llueve,
la obscura noche la traición aleve,
más que te quiero, dulce esposo mío;
porque es mi amor tan grande, que a tu nombre
como a cosa divina construyera
aras donde adorarle, y no te asombre,
porque si el ser de Dios no conociera,
dejara de adorarte como hombre,
y por Dios te adorara y te tuviera.

BRAS

Pues están Blanca y García
como palomos de bien,
resquebrémonos también,
porque desde ellotri día
tu carilla me engarrucha.

TERESA

Y a mí tu talle, mi Bras.

BRAS

Mas que te quiero yo más.

TERESA
¡Mas que no!

BRAS
Teresa, escucha:
Desde que te vi, Teresa,
en el arroyo a pracer,
ayudándote a torcer
los manteles de la mesa,
y torcidos y lavados,
nos dijo cierto estudiante:
«Así a un pobre pleiteante
suelen dejar los letrados»;
eres de mí tan querida
como lo es de un logrero
la vida de un caballero
que dio un juro de por vida.

(Sale TELLO)

TELLO
Envidie, señor García,
vuestra vida el más dichoso.
Sólo en vos reina el reposo.

DOÑA BLANCA
¿Qué hay, Tello?

TELLO
¡Oh, señora mía!
¡Oh, Blanca hermosa, de donde
proceden cuantos jazmines
dan fragancia a los jardines!
Vuestras manos besa el Conde.

DOÑA BLANCA
¿Cómo está el Conde?

TELLO
Señora,
a vuestro servicio está.

DON GARCÍA
Pues, Tello, ¿qué hay por acá?

TELLO

Escuchad aparte agora:
Hoy, con toda diligencia,
me mandó que éste os dejase
y respuesta no esperase.
Con esto, dadme licencia.

DON GARCÍA

¿No descansaréis?

TELLO

Por vos
me quedara hasta otro día;
que no han de verme, García,
los que vienen cerca. Adiós...

(Vase)

DON GARCÍA

El sobre escrito es a mí.
¿Mas que me riñe, porque
corto el donativo fue
que hice al Rey? Mas dice así:
«El Rey, señor don García,
que su ofrecimiento vio,
admirado preguntó
quién era vueseñoría;
díjele que un labrador
desengañado y discreto,
y a examinar va en secreto
su prudencia y su valor.
No se dé por entendido,
no diga quién es al Rey,
porque aunque estime su ley,
fue de su padre ofendido,
y sabe cuánto le enoja
quien su memoria despierta.
Quede adiós, y el Rey, advierta
que es el de la banda roja.
El conde de Orgaz, su amigo». Rey Alfonso, si supieras
quién soy, ¡cómo previnieras
contra mi sangre el castigo
de un difunto padre!

DOÑA BLANCA

Esposo,
silencio y poco reposo
indicios de triste son.
¿Qué tienes?

DON GARCÍA
Mándame, Blanca,
en éste el Conde, que hospede
a unos señores.

DOÑA BLANCA
Bien puede,
pues tiene esta casa franca.

BRAS
De cuatro rayos con crines,
generación española,
de unos cometas con cola,
o aves, y al fin rocines,
que andan bien y vuelan mal,
cuatro bizarros señores
que parecen cazadores,
se apean en el portal.

DON GARCÍA
No te des por entendida
de que sabemos que vienen.

TERESA
¡Qué lindos talles que tienen!

BRAS
¡Pardiez, que es gente llocida!

(Salen el REY sin banda y DON MENDO con banda, y otros dos CAZADORES)

REY
Guárdeos Dios, los labradores.

DON GARCÍA
(Ya veo al de la divisa.)
Caballeros de alta guisa,
Dios os dé bienes y honores.
¿Qué mandáis?

DON MENDO

¿Quién es aquí
García del Castañar?

DON GARCÍA
Yo soy, a vuestro mandar.

DON MENDO
Galán sois.

DON GARCÍA
Dios me hizo así.

BRAS
Mayoral de sus porqueros
só, y porque mucho valgo,
miren si los mando en algo
en mi oficio, caballeros,
que lo haré de mala gana,
como verán por la obra.

DON GARCÍA
¡Quita, bestia!

BRAS
El bestia sobra.

REY
¡Qué simplicidad tan sana!
Guárdeos Dios.

DON GARCÍA
Vuestra persona,
aunque vuestro nombre ignoro,
me aficiona.

BRAS
Es como un oro;
a mí también me inficiona.

DON MENDO
Llegamos al Castañar
volando un cuervo, supimos
de vuestra casa, y venimos
a verla y a descansar
un rato, mientras que pasa
el sol de aqueste horizonte.

DON GARCÍA

Para labrador de un monte
grande juzgaréis mi casa,
y aunque un albergue pequeño
para tal gente será,
sus defetos suplirá
la voluntad de su dueño.

DON MENDO

¿Nos conocéis?

DON GARCÍA

No, en verdad,
que nunca de aquí salimos.

DON MENDO

En la Cámara servimos
los cuatro a Su Majestad,
para serviros, García.
¿Quién es esta labradora?

DON GARCÍA

Mi mujer.

DON MENDO

Gocéis, señora,
tan honrada compañía
mil años, y el cielo os dé
más hijos que vuestras manos
arrojan al campo granos.

DOÑA BLANCA

No serán pocos, a fe.

DON MENDO

¿Cómo es vuestro nombre?

DOÑA BLANCA

Blanca.

DON MENDO

Con vuestra beldad conviene.

DOÑA BLANCA

No puede serlo quien tiene

la cara a los aires franca.

REY

Yo también, Blanca, deseo
que veáis siglos prolijos
los dos, y de vuestros hijos
veáis más nietos que veo
árboles en vuestra tierra,
siendo a vuestra sucesión
breve para habitación
cuanto descubre esa sierra.

BRAS

No digan más desatinos.
¡Qué poco en hablar reparan!
Si todo el campo pobraran,
¿dónde han de estar mis cochinos?

DON GARCÍA

Rústico entretenimiento
será para vos mi gente;
pues la ocasión lo consiente,
recebid sin cumplimiento
algún regalo de mi casa.
Tú disponlo, Blanca mía.

DON MENDO

(Llámala fuego, García,
pues el corazón me abrasa.)

REY

Tan hidalga voluntad
es admitirla nobleza.

DON GARCÍA

Con esta misma llaneza
sirviera a Su Majestad,
que aunque no le he visto, intento
servirle con afición.

REY

¿Para no verle hay razón?

DON GARCÍA

¡Oh, señor, ese es gran cuento!
Dejalde para otro día.

Tú, Blanca, Bras y Teresa,
id a prevenir la mesa
con alguna niñería.

(Vanse)

REY

Pues yo sé que el rey Alfonso
tiene noticia de vos.

DON MENDO

Testigos somos los dos.

DON GARCÍA

¿El Rey de un villano intonso?

REY

Y tanto el servicio admira
que hicisteis a su Corona,
ofreciendo ir en persona
a la guerra de Algecira,
que si la Corte seguís,
os ha de dar a su lado
el lugar más envidiado
de Palacio.

DON GARCÍA

¿Qué decís?

Más precio entre aquellos cerros
salir a la primer luz,
prevenido el arcabuz,
y que levanten mis perros
una banda de perdices,
y codicioso en la empresa,
seguirlas por la dehesa
con esperanzas felices
de verlas caer al suelo,
y cuando son a los ojos
pardas nubes con pies rojos,
batir sus alas al vuelo
y derribar esparcidas
tres o cuatro, y anhelando
mirar mis perros buscando
las que cayeron heridas,
con mi voz que los provoca,
y traerlas, que palpitan

a mis manos, que las quitan
con su gusto de su boca;
levantarlas, ver por dónde
entró entre la pluma el plomo,
volverme a mi casa, como
suele de la guerra el Conde
a Toledo, vencedor;
pelarlas dentro en mi casa,
perdigarlas en la brasa
y puestas en la asador,
con seis dedos de un pernil,
que a cuatro vueltas o tres,
pastilla de lumbre es,
y canela del Brasil;
y entregarlas a Teresa,
que con vinagre y aceite
y pimienta, sin afeite,
las pone en mi limpia mesa,
donde, en servicio de Dios,
una yo y otra mi esposa
nos comemos, que no hay cosa
como a dos perdices, dos;
y levantando una presa
dársela a Teresa, más
porque tenga envidia Bras
que por dársela a Teresa,
y arrojar a mis sabuesos
el esqueleto roído,
y oír por tono el crujido
de los dientes y los huesos,
y en el cristal transparente
brindar, y con mano franca
hacer la razón mi Blanca
con el cristal de una fuente;
levantar la mesa, dando
gracias a quien nos envía
el sustento cada día,
varias cosas platicando.
Que aqueso es el Castañar,
que en más estimo, señor,
que cuanta hacienda y honor
los reyes me pueden dar.

REY

Pues, ¿cómo al Rey ofrecéis
ir en persona a la guerra

si amáis tanto vuestra tierra?

DON GARCÍA

Perdonad, no lo entendéis.
El Rey es de un hombre honrado,
en necesidad sabida,
de la hacienda y de la vida
acreedor privilegiado;
ahora, con pecho ardiente,
se parte al Andalucía
para estirpar la herejía,
sin dineros y sin gente;
así, le envié a ofrecer
mi vida, sin ambición,
por cumplir mi obligación
y porque me ha menester;
que como hacienda debida
al Rey le ofrecí de nuevo
este vida que le debo,
sin esperar que la pida.

REY

Pues, concluida la guerra,
¿no os quedaréis en Palacio?

DON GARCÍA

Vívese aquí más de espacio,
es más segura esta tierra.

REY

Posible es que os ofrezca
el Rey lugar soberano.

DON GARCÍA

¿Y es bien que le dé a un villano
el lugar que otro merezca?

REY

Elegir el Rey amigo
es distributiva ley.
Bien puede.

DON GARCÍA

Aunque pueda, el Rey
no lo acabará conmigo,
que es peligrosa amistad

y sé que no me conviene,
que a quien ama es el que tiene
más poca seguridad;
que por acá siempre he oído,
que vive más arriesgado
el hombre del Rey amado
que quien es aborrecido,
porque el uno se confía
y el otro se guarda dél.
Tuve yo un padre muy fiel,
que muchas veces decía,
dándome buenos consejos,
que tenía certidumbre
que era el Rey como la lumbre:
que calentaba de lejos
y desde cerca quemaba.

REY

También dicen más de dos
que suele hacer como Dios,
del lodo que se pisaba,
un hombre ilustrado, a quien
le venere el más bizarro.

DON GARCÍA

Muchos le han hecho de barro
y le han deshecho también.

REY

Sería el hombre imperfeto.

DON GARCÍA

Sea imperfeto o no sea,
el Rey, a quien no desea,
¿qué puede darle en efeto?

REY

Daráos premios.

DON GARCÍA

Y castigos.

REY

Daráos gobierno.

DON GARCÍA

Y cuidados.

REY

Daráos bienes.

DON GARCÍA

Envidiados.

REY

Daráos favor.

DON GARCÍA

Y enemigos.

Y no os tenéis que cansar,

que yo sé no me conviene

ni daré por cuanto tiene

un dedo del Castañar.

Esto sin que un punto ofenda

a sus reales resplandores,

mas lo que importa, señores,

es prevenir la merienda.

(Vase)

REY

Poco el Conde lo encarece:

más es de lo que pensaba.

DON MENDO

La casa es bella.

REY

Estremada.

¿Cuál lo mejor os parece?

DON MENDO

Si ha de decir la fe mía

la verdad a Vuestra Alteza,

me parece la belleza

de la mujer de García.

REY

Es hermosa.

DON MENDO

Es celestial,

es ángel de nieve pura.

REY

¿Ése es amor?

DON MENDO

La hermosura,
¿a quién le parece mal?

REY

Cubríos, Mendo. ¿Qué hacéis?
Que quiero en la soledad
deponer la majestad.

DON MENDO

Mucho, Alfonso, recogéis
vuestros rayos, satisfecho
que sois por fe venerado,
tanto, que os habéis quitado
la roja banda del pecho
para encubriros y dar
aliento nuevo a mis bríos.

REY

No nos conozcan; cubríos,
que importa disimular.

DON MENDO

Rico hombre soy, y de hoy más.
Grande es bien que por vos quede.

REY

Pues ya lo dije, no puede
volver mi palabra atrás.

(Sale DOÑA BLANCA)

DOÑA BLANCA

Entrad, si queréis, señores,
merendar, que ya os espera
como una primavera
la mesa llena de flores.

DON MENDO

¿Y qué tenéis que nos dar?

DOÑA BLANCA

¿Para qué saberlo quieren?
Comerán lo que les dieren,
pues que no lo han de pagar,
o quedaránse en ayunas;
mas nunca faltan, señores,
en casa de labradores
queso, arropo y aceitunas,
y blanco pan les prometo,
que amasamos yo y Teresa,
que pan blanco y limpia mesa
abren a un muerto las ganas;
uvas de un majuelo mío,
y en blanca miel de rocío,
berenjenas toledanas;
perdices en escabeche,
y de un jabalí, aunque fea,
una cabeza en jalea,
porque toda se aproveche;
cocido en vino, un jamón,
y un chorizo que provoque
a que con el vino a loque,
hagan todos la razón;
dos ánades y cecinas
cuantas los montes ofrecen,
cuyas hebras me parecen
deshojadas clavellinas,
que cuando vienen a estar
cada una de por sí,
como seda carmesí,
se pueden al torno hilar.

REY

Vamos, Blanca.

DOÑA BLANCA

Hidalgos, ea,
merienden y buena pro.

(Vanse el REY y los dos CAZADORES)

DON MENDO

Labradora, ¿quién te vio
que amante no te desea?

DOÑA BLANCA

Venid y callad, señor.

DON MENDO

Cuanto previenes, trocara
a un plato que sazónara
en tu voluntad amor.

DOÑA BLANCA

Pues, decidme, cortesano,
el que trae la banda roja:
¿qué en mi casa se os antoja
para guisarle?

DON MENDO

Tu mano.

DOÑA BLANCA

Una mano en almodrote
de vaca os sabrá más bien;
guarde Dios mi mano, amén,
no se os antoje en jigote,
que harán, si la tienen gana,
si no hay quien los replique,
que se pique y se repique
la mano de una villana
para que un señor la coma.

DON MENDO

La voluntad la sazone
para mis labios.

DOÑA BLANCA

Perdone;
bien está San Pedro en Roma.
Y si no lo habéis sabido,
sabed, señor, en mi trato,
que sólo sirve ese plato
al gusto de mi marido,
y me lo paga muy bien,
sin lisonjas ni rodeos.

DON MENDO

Yo, con mi estado y deseos,
te lo pagaré también.

DOÑA BLANCA

En mejor mercadería
gastad los intentos vanos,
que no compraran gitanos
a la mujer de García,
que es muy ruda y montaraz.

DON MENDO
Y bella como una flor.

DOÑA BLANCA
¿Que de dónde soy, señor?
Para serviros, de Orgaz.

DON MENDO
Que eres del cielo sospecho,
y en el rigor, de la sierra.

DOÑA BLANCA
¿Son bobas las de mi tierra?
Merendad, y buen provecho.

DON MENDO
No me entiendes, Blanca mía.

DOÑA BLANCA
Bien entiendo vuestra trova,
que no es del todo boba
la de Orgaz, por vida mía.

DON MENDO
Pues por tus ojos amados
que has de oírme, la de Orgaz.

DOÑA BLANCA
Tengamos la fiesta en paz;
entrad ya, que están sentados,
y tened más cortesía.

DON MENDO
Tú menos riguridad.

DOÑA BLANCA
Si no queréis, aguardad.
¡Ah, marido! ¡Hola, García!

(Sale DON GARCÍA)

DON GARCÍA

¿Qué queréis, ojos divinos?

DOÑA BLANCA

Haced al señor entrar,
que no quiere hasta acabar
un cuento de Calaiños.

DON GARCÍA

(Aparte) (¡Si el cuento fuera de amor
del Rey, que Blanca me dice,
para ser siempre infelice!
Mas si viene a darme honor
Alfonso, no puede ser;
cuando no de mi linaje,
se me ha pegado del traje
la malicia y proceder.
Sin duda no quiere entrar
por no estar con sus criados
en una mesa sentados;
quiéroselo suplicar
de manera que no entienda
que le conozco). Señor,
entrad y haréisme favor
y alcanzad de la merienda
un bocado, que os le dan
con voluntad y sin paga,
y mejor provecho os haga
que no el bocado de Adán.

(Sale BRAS y saca algo de comer y un jarro cubierto)

BRAS

Un caballero me envía
a decir como os espera.

DON MENDO

¿Cómo, Blanca, eres tan fiera?

(Vase)

DOÑA BLANCA

Así me quiere García.

DON GARCÍA

¿Es el cuento?

DOÑA BLANCA

Proceder

en él quiere pertinaz;
mas déjala a la de Orgaz,
que ella sabrá responder.

(Vase)

BRAS

Todos están en la mesa;
quiero, a solas y sentado,
mamarme lo que he arrugado,
sin que me viese Teresa.
¡Qué bien que se satisface
un hombre sin compañía!
Bebed, Bras, por vida mía.

(Dentro)

Bebed vos.

BRAS

¿Yo? Que me place.

(Salen todos)

REY

Caballero, ya declina
el sol al mar Oceano.

DON GARCÍA

Comed más, que aún es temprano;
ensanchad bien la pretina.

REY

Quieren estos caballeros
un ave en la tierra rasa,
volarla.

DON GARCÍA

Pues a mi casa
os volved.

REY

Obedeceros
no es posible.

DON GARCÍA
Cama blanda
ofrezco a todos, señores,
y con almohadas de flores,
sábanas nuevas de Holanda.

REY
Vuestro gusto fuera ley,
García, que no podemos,
que desde mañana hacemos
los cuatro semana al Rey,
y es fuerza estar en Palacio.
Blanca, adiós; adiós, García.

DON GARCÍA
El cielo os guarde.

REY
Otro día
hablaremos más despacio.

(Vase)

DON MENDO
Labradora, hermosa mía,
ten de mi dolor memoria.

DOÑA BLANCA
Caballero, aquesa historia
se ha de tratar con García.

DON GARCÍA
¿Qué decís?

DON MENDO
Que dé a los dos
el Cielo vida y contento.

BLANCA
Adiós, señor, el del cuento.

DON MENDO
(¡Muerto voy!). Adiós.

DON GARCÍA

Adiós.

Y tú, bella como el Cielo,
ven al jardín, que convida
con dulce paz a mi vida,
sin consumirla el anhelo
del pretendiente que aguarda
el mal seguro favor,
la sequedad del señor,
ni la provisión que tarda,
ni la esperanza que yerra,
ni la ambición arrogante
del que, armado de diamante
busca al contrario en la guerra,
ni por los mares el Norte,
que envidia pudiera dar
a cuantos del Castañar
van esta tarde a la Corte.
Mas por tus divinos ojos,
adorada Blanca mía,
que es hoy el primero día
que he tropezado en enojos.

DOÑA BLANCA

¿De qué son tus descontentos?

DON GARCÍA

Del cuento del cortesano.

DOÑA BLANCA

Vamos al jardín, hermano,
que esos son cuentos de cuentos.

JORNADA SEGUNDA

(Salen la REINA y el CONDE)

REINA

Vuestra estraña relación
me ha enternecido, y prometo
que he de alcanzar, con efeto,
para los dos el perdón;

porque de Blanca y de García
me ha encarecido Su Alteza,
en el uno, la belleza,
y en otro, la gallardía.
Y pues que los dos se unieron
con sucesos tan prolijos,
como los padres, los hijos
con una estrella nacieron.

CONDE

Del Conde nadie concuerda
bien en la conspiración;
salió al fin de la prisión
y don Sancho de la Cerda
huyó con Blanca que era
de dos años, a ocasión
que era yo contra Aragón
general de la frontera,
donde el Cerda con su hija
se pretendió asegurar,
y en un pequeño lugar,
con la jornada prolija,
adoleció de tal suerte,
que aunque le acudí en secreto,
en dos días, en efeto,
cobró el tributo la muerte.
Hícele dar sepultura
con silencio y, apiadado,
mandé que a Orgaz un soldado
la inocente criatura
llevase, y un labrador
la crió, hasta que un día
la casaron con García
mis consejos y su amor;
que quiso, sin duda alguna,
el Cielo que ambos se viesen
y de los padres tuviesen
junta la sangre y fortuna.

REINA

Yo os prometo de alcanzar
el perdón.

(Sale BRAS)

BRAS

Buscandolé,
¡pardiobre!, que me colé
como fraile, sin llamar.
Topéle. Su sonsería
me dé las manos y pies.

CONDE
Bien venido, Bras.

REINA
¿Quién es?

CONDE
Un criado de García.

REINA
Llegad.

BRAS
¡Qué brava hermosura!
Esta sí que el ojo abonda,
pero si vos sois la Conda
tendréis muy mala ventura

CONDE
¿Y que hay por allá, mancebo?

BRAS
Como al Castañar no van
estafetas de Milán,
no he sabido qué hay de nuevo.
Y por acá, ¿qué hay de guerra?

CONDE
Juntando dineros voy.

BRAS
De buena gana los doy
por gozar en paz mi tierra;
porque el corazón me ensancha,
cuando duermo más seguro
que en Flandes, detrás de un muro
en un carro de la Mancha.

REINA
Escribe bien, breve y grave.

CONDE
Es sabio.

REINA
A mi parecer,
más es que serlo tener
quien en Palacio le alabe.

(Sale DON MENDO)

DON MENDO
Su Alteza espera.

REINA
Muy bien,
la banda está en vuestro pecho.

(Vase)

DON MENDO
Por vos, Su Alteza me ha hecho
aquesta honra.

CONDE
También
tuve parte en esta acción.

DON MENDO
Vos me disteis esta banda,
que mía fue la demanda
y vuestra la información.
Ayer con su Alteza fui,
y diome esta insignia, Conde,
yendo al Castañar (adonde (Aparte)
libre fui y otro volví).

(Sale TELLO)

TELLO
El Rey llama.

CONDE
Espera, Bras.

BRAS

El billorete leed.

CONDE

Este hombre entretened
mientras vuelvo.

BRAS

Estoy de más;
desempachadme temprano,
que el Palacio y los olores
se hicieron para señores,
no para un tosco villano.

CONDE

Ya vuelvo.

(Vase el CONDE y TELLO)

DON MENDO

(Aparte) Conocer quiero
este hombre.

BRAS

¿No hay hablar?
¿Cómo fue en el Castañar
ayer tarde, caballero?

DON MENDO

(Aparte.) Daré a tus aras mil veces
holocaustos, dios de amor,
pues en este labrador
remedio a mi mal ofreces.
¡Ay, Blanca! ¡Con qué de enojos
me tienes! ¡Con qué pesar!
¡Nunca fuera al Castañar!
¡Nunca te vieran mis ojos!
¡Pluguiera a Dios que primero
que fuera Alfonso a tu tierra,
muerte me diera en la guerra
el corvo africano acero!
¡Pluguiera a Dios, labrador,
que al áspid fiero y hermoso
que sirves, y cauteloso
fue causa de mi dolor,
sirviera yo, y mis estados
te diera, la renta mía,

que por ver a Blanca un día,
fuera a guardar sus ganados!

BRAS

¿Qué diabros tiene, señor,
que salta, brinca y recula?
Sin duda la tarantula
le ha picado, o tiene amor.

DON MENDO

(Aparte). (Amor, pues Norte me das,
déste tengo de saber
si a Blanca la podré ver).
¿Cómo te llamas?

BRAS

¿Yo? Bras.

DON MENDO

¿De dónde eres?
De la villa
de Ajofrín, si sirvo en algo.

DON MENDO

¿Y eres muy gentil hidalgo?

BRAS

De los Brases de Castilla.

DON MENDO

Ya lo sé.

BRAS

Decís verdad,
que só antiguo, aunque no rico,
pues vengo de un villancico
del día de Navidad.

DON MENDO

Buen talle tienes.

BRAS

Bizarro;
mire qué pie tan perfeto.
¿Monda nísperos el peto?
Y estos ojuelos, ¿son barro?

DON MENDO

¿Y eres muy discreto, Bras?

BRAS

En eso soy estremado,
porque cualquiera cuitado
presumo que sabe más.

DON MENDO

¿Quieres servirme en la Corte,
y verás cuánto te precio?

BRAS

Caballero, aunque só necio,
razonamientos acorte,
y si algo quiere mandarme,
acabe ya de parillo.

DON MENDO

Toma, Bras, este bolsillo.

BRAS

Mas, ¡par Dios!, ¿quiere burlarme?
A ver, acerque la mano.

DON MENDO

Escudos son.

BRAS

Yo lo creo;
mas por no engañarme veo
si está por de dentro vano;
dinero es, y de ello infiero
que algo pretende que haga,
porque el hablar bien se paga.

DON MENDO

Sólo que me digas quiero
si ver podré a tu señora.

BRAS

¿Para malo o para bueno?

DON MENDO

Para decirla que peno

y que el corazón la adora.

BRAS

¡Lástima os tengo así viva
por lo que tengo en el pecho,
y aunque rudo, amor me ha hecho
el mío como una criba!
Yo os quiero dar una traza
que de provecho será:
aquestas noches se va
mi amo García a caza
de jabalíes; vestida
le aguarda sin prevención,
y si entráis por un balcón,
la hallaréis medio dormida,
porque hasta el alba le espera,
y esto muchas veces pasa
a quien deja hermosa en casa
y busca en otra una fiera.

DON MENDO

Me engañas.

BRAS

Cosa es tan cierta,
que de noche, en ocasiones,
suelo entrar por los balcones
por no llamar a la puerta
ni que Teresa me abra;
y por la honda que deja
puesta Belardo en la reja,
trepando voy como cabra,
y la hallo sin embarazo,
sola, esperando a García,
porque le aguarda hasta el día
recostada sobre el brazo.

DON MENDO

En ti el amor me promete
remedio.

BRAS

Pues esto haga.

DON MENDO

Yo te ofrezco mayor paga.

BRAS

(Aparte.) Esto no es ser alcagüete.

DON MENDO

(Aparte) Blanca, esta noche he de entrar
a verte, a fe de español,
que, para llegar al sol,
las nubes se han de escalar.

(Vase, y salen el REY y el CONDE)

REY

El hombre es tal, que prometo
que con vuestra aprobación
he de llevarle a esta acción
y ennoblecerle.

CONDE

Es discreto
y valiente; en él están,
sin duda, resplandecientes
las virtudes convenientes
para hacerle capitán,
que yo sé que suplirá
la falta de la experiencia
su valor y su prudencia.

REY

Mi gente lo acatará,
pues vuestro valor le abona,
y sabe de vuestra ley
que, sin méritos, al Rey
no le proponéis persona;
traedle mañana, Conde.

(Vase)

CONDE

Yo sé que aunque os acuitéis,
que en la ocasión publicuéis
la sangre que en vos se esconde.

BRAS

Despachadme, pues, que no,
señor, otra cosa espero.

CONDE

Que se recibió el dinero
que al donativo ofreció
le decid, Bras, a García,
y podeos ir con esto,
que yo le veré muy presto
o responderé otro día.

(Vase)

BRAS

No llevo cosa que importe;
sobre tardanza prolija,
largo parto y parir hija,
propio despacho de Corte.

(Vase, y sale DON GARCÍA, de cazador, con un puñal y arcabuz)

DON GARCÍA

Bosques míos, frondosos,
de día alegres cuanto tenebrosos,
mientras baña Morfeo
la noche con las aguas de Leteo,
hasta que sale de Faetón la esposa,
coronada de plumas y de rosa;
en vosotros doctrina
halla sobre quien Marte predomina,
disponiendo sangriento
a mayores contiendas el aliento,
porque furor influye
la caza, que a la guerra sustituye.
Yo soy el uno rayo
feroz de vuestras fieras, que me ensayo
para ser, con la sangre que inspira,
rayo del Castañar en Algecira;
criado en vuestras grutas y campañas,
Alcides español de estas montañas
que contra seis tiranos
clava es cualquiera dedo de mis manos,
siendo por mí esta vera
pródiga en carnes, abundante en cera;
vengador de sus robos,
Parca común de osos y de lobos,
que por mí el cabritillo y simple oveja
del montañés pirata no se queja,

y cuando embiste airado
a devorar el tímido ganado,
si me arrojé al combate,
ocioso el can en la palestra late.
Que durmiendo entre flores,
en mi valor fiados los pastores,
cuando abre el sol sus ojos,
desperezados ya los miembros flojos,
cuando al ganado asisto,
cuando al cosario embisto,
pisan difunta la voraz caterva
más lobos sus abarcas que no yerba.
¿Qué colmenar copioso
no demuele defensas contra el oso,
fabricando sin muros
dulce y blanco licor en nichos puros?
Que por esto han tenido,
gracias al plomo a tiempo compelido,
en sus cotos amenos,
un enemigo las abejas menos.
Que cuando el sol acaba,
y en el postrero parasismo estaba,
a dos colmenas que robado había,
las caló dentro de una fuente fría,
ahogando en sus cristales
las abejas que obraron sus panales,
para engullir segura
la miel que mixturó en el agua pura,
y dejó, bien que turbia, su corriente,
el agua dulce de esta clara fuente.
Y esta noche, bajando
un jabalí a aqueste arroyo blando
y cristalino cebo
con la luz que mendiga Cintia a Febo,
le miré cara a cara,
haciéndose lugar entre la jara,
despejando la senda sus cuchillos
de marfil o de acero sus colmillos;
pero a una bala presta
la luz condujo a penetrar la testa,
oyendo el valle, a un tiempo repetidos
de la pólvora el eco y los bramidos.
Los dos serán trofeos
pendientes en mis puertas, aunque feos,
después que Blanca, con su breve planta,
su cerviz pise y por ventura tanta

dirán: y aun en la muerte
tiene el cadáver de un dichoso suerte,
que en la ocasión más dura
a las fieras no falta la ventura.
Mas el rumor me avisa
que un jabalí deciendo; con gran prisa
vuelve huyendo; habrá oído
algún rumor distante su sentido,
porque en distancia larga
oye calar al arcabuz la carga,
y esparcidas las puntas
que sobre el cerro acomulaba juntas,
si oye la bala o menear la cuerda,
es ala, cuando huye, cada cerda.

(Sale DON MENDO y un CRIADO con una escala)

DON MENDO

¿Para esto, amor tirano,
del cerro toledano
al monte me trujiste,
para perderme en su maleza triste?
Mas, ¿qué esperar podía
ciego que a un ciego le eligió por guía?
Una escala previne, con intento,
Blanca, de penetrar tu firmamento
y lo mismo emprendiera
si fueras diosa en la tonante esfera,
no montañesa ruda
sin honor, sin esposo que te acuda,
que en este loco abismo
intentara lo mismo
si fueras, Blanca bella,
como naciste humana, pura estrella,
bien que a la tierra bien que al Cielo sumo,
bajara en polvo y ascendiera en humo.

DON GARCÍA

Llegó primero al animal valiente
que a mi sentido el ruido desta gente.

DON MENDO

En esta luna de octubre
suelen salir cazadores
a esperar los jabalíes.
Quiero llamar: ¡Ah, del monte!

CRIADO

¡Hola! ¡Hao!

DON GARCÍA

¡Pesia sus vidas!

¿Qué buscan? ¿De qué dan voces?

DON MENDO

El sitio del Castañar,

¿está lejos?

DON GARCÍA

En dos trotes

se pueden poner en él.

DON MENDO

Pasábamos a los montes

y el camino hemos perdido.

DON GARCÍA

Aqueste arroyuelo corre

al camino.

DON MENDO

¿Qué hora es?

DON GARCÍA

Poco menos de las doce.

DON MENDO

¿De dónde sois?

DON GARCÍA

¡Del infierno!

Id en buena hora, señores,

no me espantéis más la caza,

que me enojaré. ¡Pardiobre!

DON MENDO

La luna, ¿hasta cuándo dura?

DON GARCÍA

Hasta que se acaba.

DON MENDO

¡Oye

lo que es villano en el campo!

DON GARCÍA

Lo que un señor en la Corte.

DON MENDO

Y en efeto, ¿hay dónde errar?

DON GARCÍA

Y en efeto, ¿no se acogen?

DON MENDO

Terrible sois.

DON GARCÍA

Mal sabéis

lo que es estorbar a un hombre
en ocasión semejante.

DON MENDO

¿Quién sois?

DON GARCÍA

Rayo de estos montes:

García del Castañar,
que nunca niego mi nombre.

DON MENDO

(Aparte) (Amor, pues estás piadoso,
deténle, porque no estorbe
mis deseos y en su casa
mis esperanzas malogre,
y para que a Blanca vea,
dame tus alas veloces
para que más presto llegue.)
Quedaos con Dios.
(Vanse Don Mendo y el criado)

DON GARCÍA

Buenas noches.

Bizarra ocasión perdí;

imposible es que la cobre.

Quiero volverme a mi casa

por el atajo del monte,

y pues ya me voy, oíd

de grutas partos feroces:

salid y bajad al valle,
vivid en paz esta noche,
que vuestro mayor opuesto
a su casa se va, adonde
dormirá, no en duras peñas,
sino en blandos algodones,
y depuesta la fiereza,
tan trocadas mis acciones,
en los brazos de mi esposa
verá el Argos de la noche
y el Polifemo del día.,
si las observan feroces
y tiernas, que en este pecho
se ocultan dos corazones:
el uno de blanda cera,
el otro de duro bronce;
el blando para mi casa,
el duro para estos montes.

(Vase, y salen DOÑA BLANCA y TERESA con una bujía, y pónela encima de un bufete que habrá)

DOÑA BLANCA
Corre veloz, noche fría,
por que venga con la aurora
del campo, donde está agora,
a descansar mi García;
su luz anticipe el día,
el Cielo se desabroche,
salga Faetón en su coche,
verá su luz deseada
la primer enamorada
que ha aborrecido la noche.

TERESA
Mejor, señora, acostada
esperarás a tu ausente,
porque asientan lindamente
sobre la holanda delgada
los brazos, que ¡por el Credo!,
que aunque fuera mi marido
Bras, que tampoco ha venido
de la ciudad de Toledo,
que le esperara roncando.

DOÑA BLANCA

Tengo más obligaciones.

TERESA

Y le echara a mojicones
si no se entrara callando;
mas si has de esperar que venga
mi señor, no estés en pie;
yo a Belardo llamaré
que tu desvelo entretenga;
mas él viene.

(Sale BELARDO)

BELARDO

Pues al sol
veo de noche brillar,
el sitio del Castañar
es antípoda español.

DOÑA BLANCA

Belardo, sentaos.

BELARDO

Señora,
acostaos.

DOÑA BLANCA

En esta calma,
dormir un cuerpo sin alma
fuera no esperar la aurora.

BELARDO

¿Esperáis?

DOÑA BLANCA

Al alma mía.

BELARDO

Por muy necia la condeno,
pues se va al monte al sereno
y os deja hasta que es de día.

(Dentro BRAS, cantando)

BRAS

Sí, vengo de Toledo, Teresa mía,

vengo de Toledo, y no de Francia.

TERESA

Mas ya viene mi garzón.

BELARDO

A abrirle la puerta iré.

TERESA

Con tu licencia sabré
qué me trae por el balcón.

BRAS

Que si buena es la albahaca,
mejor es la cruz de Calivaca.

(Ha de haber unas puertas como de balcón, que estén hacia dentro, y abre TERESA)

TERESA

¿Cómo vienes, Bras?

BRAS

Andando.

TERESA

¿Qué me traes de la ciudad
en muestras de voluntad?

BRAS

Yo te lo diré cantando:
Tráigote de Toledo, porque te alegres,
un galán, mi Teresa, como unas nueces.

TERESA

¡Llévele el diablo mil veces!
¡Ved qué sartal o corpiño!
(Cierra juntando el balcón)

DOÑA BLANCA

¿Qué te trae?

TERESA

Muy lindo aliño:
un galán como unas nueces.

DOÑA BLANCA

Será sabroso.

BRAS

¿Qué hay,
Blanca? Teresa, ¡estoy muerto!
¿Qué? ¿No me abrazas?

TERESA

Por cierto
por las cosas que me tray.

BRAS

Dimuños soys las mujeres.
¿A quién quieres más?

TERESA

A Bras.

BRAS

Pues si lo que quieres más
te traigo, ¿qué es lo que quieres?

DOÑA BLANCA

Teresa tiene razón.
Mas sentaos todos, y di:
¿qué viste en Toledo?

BRAS

Vi
de casas un burujón
y mucha gente holgazana,
y en las calles buenas y ruines,
la basura a celemines
y el cielo por cerbatana,
y dicen que hay infinitos
desdenes en caras buenas,
en verano berenjenas
y en el otoño mosquitos.

DOÑA BLANCA

¿No hay más nuevas en la corte?

BRAS

Sátiras pide el deseo
malicioso, ya lo veo,
mas mi pluma no es de corte

Con otras cosas, señora,
os divertid hasta el alba,
que al ausente Dios le salva.

DOÑA BLANCA

Pues el que acertare ahora
esta enigma de los tres,
daré un vestido de paño,
y el de grana que hice hogaño
a Teresa; digo pues:
¿Cuál es el ave sin madre
que al padre no puede ver,
ni al hijo, y le vino a hacer
después de muerto su padre?

BRAS

¿Polainas y galleruza
ha de tener?

DOÑA BLANCA

Claro es.
Digan en rueda los tres.

TERESA

El cuclillo.

BRAS

La lechuza.

BELARDO

No hay ave a quien mejor cuadre
que el Fénix, ni otra ser puede,
pues esa misma procede
de las cenizas del padre.

DOÑA BLANCA

El fénix es.

BELARDO

Yo gané.

BRAS

Yo perdí, como otras veces.

DOÑA BLANCA

Yo te doy lo que mereces.

BRAS

Un gorrino le daré
a quien dijere el más caro
vicio que hay en el mundo.

DOÑA BLANCA

En que es el juego me fundo.

BRAS

Mentís, Branca, y esto es craro.

TERESA

El de las mujeres, digo
que es más costoso.

BRAS

Mentís.

Vos, Belardo, ¿qué decís?

BELARDO

Que el hombre de caza, amigo,
tiene el de más perdición,
más costoso y infelice;
la moralidad lo dice
del suceso de Anteón.

BRAS

Mentís también, que a mi juicio,
sin quedar dello dudoso,
es el vicio más costoso
el del borracho, que es vicio
con quien ninguno compite,
que si pobre viene a ser
de lo que gastó en beber,
no puede tener esquite

(Silba DON GARCÍA)

DOÑA BLANCA

Oye, Bras, amigos, ea,
abrid, que es el alma mía;
temprano viene García;
quiera Dios que por bien sea.
(Vanse)

DON GARCÍA

(Dentro) Buenas noches, gente fiel.

BRAS

Seáis, señor, bienvenido.

(Sale DON GARCÍA, BRAS, TERESA y BLANCA, y arrima DON GARCÍA el arcabuz al bufete)

DON GARCÍA

¿Cómo en Toledo te ha ido?

BRAS

Al Conde di tu papel,
y dijo, respondería.

DON GARCÍA

Está bien. Esposa amada,
¿no estáis mejor acostada?
¿Qué esperáis?

DOÑA BLANCA

Que venga el día.
Esperar como solía
a su cazador la diosa,
madre de amor cuidadosa,
cuando dejaba los lazos
y hallaba en sus tiernos brazos
otra cárcel más hermosa,
vínculo de amor estrecho
donde yacía su bien,
a quien dio parte también
del alma como del lecho;
mas yo, con mejor derecho,
cazador que al otro excedes,
haré de mis brazos redes,
y porque caigas, pondré
de una tórtola la fe,
cuyo llanto escusar puedes.
Llega, que en llanto amoroso,
no rebelde jabalí,
te consagro un ave, sí,
que lloraba por su esposo.
Concédete generoso
a vínculos permitidos,
y escucharán tus oídos
en la palestra de pluma,

arrullos blandos, en suma,
y no en el monte bramidos.
Que si bien estar pudiera
quejosa de que te alejes
de noche, y mis brazos dejes
por esperar una fiera,
adórote de manera,
que aunque propongo a mis ojos
quejas y tiernos despojos,
cuando vuelves desta suerte,
por el contento de verte,
te agradezco los enojos.

DON GARCÍA

Blanca, hermosa Blanca, rama
llena por mayo de flor,
que es con tu bello color
etíope Guadarrama;
Blanca, con quien es la llama
del rojo planeta obscura,
y herido de su luz pura
el terso cristal pizarra,
que eres la acción más bizarra
del poder de la hermosura;
cuando alguna conveniencia
me aparte y quejosa quedes,
no más dolor darme puedes
que el que padezco en tu ausencia;
cuando vuelvo a tu presencia,
de dejarte arrepentido,
en vano el pecho ofendido
me recibiera terrible,
que en la gloria no es posible
atormentar al sentido.
Las almas en nuestros brazos
vivan heridas y estrechas,
ya con repetidas flechas,
ya con recíprocos lazos,
no se tejan con abrazos
la vid y el olmo frondoso,
más estrechos que tu esposo
y tú, Blanca; llega, amor,
que no hay contento mayor
que rogar a un deseoso.
Y aunque no te traigo aquí,
del sol a la hurtada luz,

herido con mi arcabuz
el cerdoso jabalí,
ni el oso ladrón, que vi
hurtar del corto vergel
dos repúblicas de miel,
y después, a pocos pasos,
en el humor de sus vasos
bañar el hocico y piel,
te traigo para trofeos
de jabalíes y osos,
por lo bien trabado hermosos
y distintamente feos,
un alma y muchos deseos
para alfombras de tus pies;
y me parece que es,
cuando tus méritos toco,
cuanto os he escuchado es poco,
como es poco cuanto ves.

BRAS:

¿Teresa allí? ¡Vive Dios!

TERESA

Pues aquí, ¿quién vive, Bras?

BRAS

Aquí vive Barrabás,
hasta que chante a los dos
las bendiciones el cura;
porque un casado, aunque pena,
con lo que otro se condena,
su salvación asegura.

TERESA

¿Con qué?

BRAS

Con tener amor
a su mujer y aumentar.

TERESA

Eso, Bras, es trabajar
en la viña del Señor.

DOÑA BLANCA

Desnudaos, que en tanto quiero

preveniros, prenda amada,
ropa por mi mano hilada,
que huele más que el romero;
y os juro que es más sutil
que ser la de Holanda suele,
porque cuando a limpia huele,
no ha menester al abril.
Venid los dos.

(Vase)

BRAS

Siempre he oído
que suele echarse de ver
el amor de la mujer
en la ropa del marido.

TERESA

También en la sierra es fama
que amor ni honra no tiene
quien va a la Corte y se viene
sin joyas para su dama.

(Vanse)

DON GARCÍA

Envídienme en mi estado
las ricas y ambiciosas majestades,
mi bienaventurado
albergue, de delicias coronado
y rico de verdades;
envidien las deidades,
profanas y ambiciosas,
mi venturoso empleo,
envidien codiciosas,
que cuando a Blanca veo,
su beldad pone límite al deseo.
¡Válgame el cielo! ¿Qué miro?

(Sale DON MENDO abriendo el balcón de golpe y embózase)

DON MENDO

(Aparte) ¡Vive Dios, que es el que veo
García del Castañar!
¡Valor, corazón! Ya es hecho.
Quien de un villano confía

no espere mejor suceso.

DON GARCÍA

Hidalgo, si serlo puede
quien de acción tan baja es dueño,
si alguna necesidad
a robarme os ha dispuesto,
decidme lo que queréis,
que por quien soy os prometo
que de mi casa volváis
por mi mano satisfecho.

DON MENDO

Dejadme volver, García.

DON GARCÍA

Eso no, porque primero
he de conocer quién sois,
y descubríos muy presto,
u de este arcabuz la bala
penetrará vuestro pecho.

DON MENDO

Pues advertid no me erréis,
que si con vos igual quedo,
lo que en razón me lleváis,
en sangre y valor os llevo.
Yo sé que el Conde de Orgaz
lo ha dicho a alguno en secreto,
informándole de mí.
La banda que cruza el pecho,
de quien soy, testigo sea.

DON GARCÍA

(Aparte) El Rey es, ¡válgame el Cielo!,
y que le conozco sabe.
(Cáesele el arcabuz)
Honor y lealtad, ¿qué haremos?
¡Qué contradicción implica
la lealtad con el remedio!

DON MENDO

(¡Qué propia acción de villanos!
Temor me tiene o respeto,
aunque para un hombre humilde
bastaba sólo mi esfuerzo;

el que encareció el de Orgaz
por valiente... ¡Al fin es viejo!)
En vuestra casa me halláis,
ni huir ni negarlo puedo,
mas en ella entré esta noche...

DON GARCÍA

¡A hurtarme el honor que tengo!
¡Muy bien pagáis, a mi fe,
el hospedaje, por cierto,
que os hicimos Blanca y yo!
¡Ved qué contrarios efectos
verá entre los dos el mundo,
pues yo ofendido os venero,
y vos, de mi fe servido,
me dais agravios por premios!

DON MENDO

(Aparte) No hay que fiar de un villano
ofendido, pues que puedo,
me defenderé con éste.

DON GARCÍA

¿Qué hacéis? Dejad en el suelo
el arcabuz y advertid
que os lo estorbo, porque quiero
no atribuyáis a ventaja
el fin de aqueste suceso,
que para mí basta sólo
la banda de vuestro cuello,
cinta del sol de Castilla,
a cuya luz estoy ciego.

DON MENDO

¿Al fin me habéis conocido?

DON GARCÍA

Míraldo por los efectos.

DON MENDO

Pues quien nace como yo
no satisface, ¿qué haremos?

DON GARCÍA

Que os vais, y rogad a Dios
que enfrene vuestros deseos,

y al Castañar no volváis,
que de vuestros desaciertos
no puedo tomar venganza,
sino remitirla al Cielo.

DON MENDO
Yo lo pagaré, García.

DON GARCÍA
No quiero favores vuestros.

DON MENDO
No sepa el Conde de Orgaz
esta acción.

DON GARCÍA
Yo os lo prometo.

DON MENDO
Quedad con Dios.

DON GARCÍA
Él os guarde
y a mí de vuestros intentos,
y a Blanca.

DON MENDO
Vuestra mujer...

DON GARCÍA
No señor, no habléis en eso,
que vuestra será la culpa.
Yo sé la mujer que tengo.

DON MENDO
(Aparte) ¡Ay, Blanca, sin vida estoy!
¡Qué dos contrarios opuestos!
Éste me estima ofendido;
y tú, adorándote, me has muerto.

DON GARCÍA
¿Adónde vais?

DON MENDO
A la puerta.

DON GARCÍA

¡Qué ciego venís, qué ciego!
Por aquí habéis de salir.

DON MENDO

¿Conocéisme?

DON GARCÍA

Yo os prometo
que a no conocer quien sois,
que bajarades más presto;
mas tomad este arcabuz
agora, porque os advierto
que hay en el monte ladrones
y que podrán ofenderos
si, como yo, no os conocen.
Bajad aprisa; no quiero
que sepa Blanca este caso.

DON MENDO

Razón es obedeceros.

DON GARCÍA

Aprisa, aprisa, señor;
remitid los cumplimientos,
y mirad que al descender
no caigáis, porque no quiero
que tropecéis en mi casa,
porque della os vayáis presto.

DON MENDO

(Aparte) Muerto voy.

(Vase)

DON GARCÍA

Bajad seguro,
pues que yo la escala os tengo.
¡Cansada estabas, Fortuna,
de estarte fija un momento!
¡Qué vuelta diste tan fiera
en aqueste mar! ¡Qué presto
que se han trocado los aires!
¡En qué día tan sereno
contra mi seguridad
fulmina rayos el Cielo!
Ciertas mis desdichas son,
pues no dudo lo que veo,

que a Blanca, mi esposa, busca
el rey Alfonso encubierto.
¡Qué desdichado que soy,
pues altamente naciendo
en Castilla Conde, fui
de aquestos montes plebeyo
labrador, y desde hoy
a estado más vil diciendo!
¡Así paga el rey Alfonso
los servicios que le he hecho!
Mas desdicha será mía,
no culpa suya; callemos
y, afligido corazón,
prevengamos el remedio,
que para animosas almas
son las penas y los riesgos.
Mudemos tierra con Blanca,
sagrado sea otro reino
de mi inocencia y mi honor...
pero dirán que es de miedo,
pues no he decir la causa,
y que me faltó el esfuerzo
para ir contra Algecira.
¡Es verdad! Mejor acuerdo
es decir al Rey quien soy...
mas no, García, no es bueno,
que te quitará la vida,
porque no estorbe su intento;
pero si Blanca es la causa
y resistirle no puedo,
que las pasiones de un rey
no se sujetan al freno
ni a la razón, ¡muera Blanca!
(Saca el puñal)
Pues es causa de mis riesgos
y deshonor, y elijamos,
corazón, del mal lo menos.
A muerte te ha condenado
mi honor, cuando no mis celos,
porque a costa de tu vida,
de una infamia me prevengo.
Perdóname, Blanca mía,
que aunque de culpa te absuelvo,
sólo por razón de Estado
a la muerte te condeno.
Mas, ¿es bien que convenencias

de Estado en un caballero,
contra una inocente vida
puedan más que no el derecho?
Sí, cuando la Providencia
y cuando el discurso atento
miran el daño futuro
por los presentes sucesos.
Mas, ¿yo he de ser, Blanca mía,
tan bárbaro y tan severo
que he de sacar los claveles
con aqueste de tu pecho
de jazmines? No es posible,
Blanca hermosa, no lo creo,
ni podrá romper mi mano
de mis ojos el espejo.
Mas, ¿de su beldad, ahora
que me va el honor, me acuerdo?
¡Muera Blanca y muera yo!
¡Valor, corazón! Y entremos
en una a quitar dos vidas,
en uno a pasar dos pechos,
en una a sacar dos almas,
en uno a cortar dos cuellos,
si no me falta el valor,
si no me desmaya el aliento,
y si no, al alzar los brazos,
entre la voz y el silencio,
la sangre falta a las venas
y el corte le falta al hierro.

JORNADA TERCERA

(Sale el CONDE de camino)

CONDE

Trae los caballos de la rienda, Tello,
que a pie quiero gozar del día bello,
pues tomó de este monte
el día posesión de este horizonte.
¡Qué campo deleitoso!
Tú que le vives, morirás dichoso,
pues en él, don García,
dotrina das a la filosofía,
y la mujer más cuerda,

Blanca en virtud, en apellido Cerda;
pero si no me miente
la vista, sale apresuradamente
con señas celestiales
de entre aquellos jarales
una mujer desnuda;
bella será, si es infeliz, sin duda.

(Sale DOÑA BLANCA con algo de sus vestidos en los brazos, mal puesto)

DOÑA BLANCA
¿Dónde voy sin aliento,
cansada, sin amparo, sin intento,
entre aquesta espesura?
Llorad, ojos, llorad mi desventura,
y en tanto que me visto,
decid, pues no resisto,
lenguas del corazón sin alegría.
¡Ay, dulces prendas cuando Dios quería!

CONDE
Aunque mal determino,
parece que se viste, y imagino
que está turbada y sola;
de la sangre española
digna empresa es aquesta.

DOÑA BLANCA
Un hombre para mí la planta apresta.

CONDE
Parece hermosa dama.

DOÑA BLANCA
Quiero esconderme entre la verde rama.

CONDE
Mujer, ¡escucha, tente!
¿Sales, como Diana de la fuente
para matar, severa,
de amor al cazador como a la fiera?

DOÑA BLANCA
Mas, ¡ay, suerte dichosa!,
este es el Conde.

CONDE

¡Hija, Blanca hermosa!
¿Dónde vas desta suerte?

DOÑA BLANCA

Huyendo de mi esposo y de mi muerte.
Ya las dulces canciones
que en tanto que dormía en mis balcones
alternaban las aves,
no son, ¡oh, Conde!, epitalamios graves.
Serán, ¡oh, dueño mío!,
de pájaro funesto agüero impío,
que el día entero y que las noches todas
cante mi muerte por cantar mis bodas.
Trocóse mi ventura;
oye la causa y presto te asegura,
y ve a mi casa, adonde
muerto hallarás mi esposo. ¡Muerto, Conde!
Aquesta noche, cuando
le aguardaba mi amor en lecho blando,
último del deseo
término santo y templo de Himeneo,
cuando yo le invocaba
y la familia recogida estaba,
entrar le vi severo,
blandiendo contra mí un blanco acero;
dejé entonces la cama,
como quien sale de improvisa llama,
y mis vestidos busco,
y al ponerme, me ofusco
esta cota brillante
¡Mira qué fuerte peto de diamante!
Vístome el faldellín, y apenas puedo
hallar las cintas ni salir del ruedo.
Pero sin compostura
le aplico a mi cintura,
y mientras le acomodo,
lugar me dio la suspensión a todo.
La causa le pregunto,
mas él, casi difunto,
a cuanto vio y a cuanto le decía,
con un suspiro ardiente respondía,
lanzando de su pecho y de sus ojos
piedades confundidas con enojos,
tan juntos, que dudaba
si eran iras o amor lo que miraba,

pues de mí retirado,
le vi volver más tierno, más airado,
diciéndome entre fiero y entre amante:
«Tú, Blanca, has de morir, y yo al instante.»
Mas el brazo levanta,
y abortando su voz en su garganta,
cuando mi fin recelo,
caer le vi en el suelo,
cual suele el risco cano,
del aire impulso decender al llano,
y yerto en él, y mudo,
de aquel monte membrudo,
suceder en sus labios y en sus ojos
pálidas flores a claveles rojos.
Y con mi boca y mi turbada mano
busco el calor entre su hielo en vano,
y estuve desta suerte
neutral un rato entre la vida y muerte;
hasta que ya latiendo,
oí mi corazón estar diciendo:
«Vete, Blanca infelice,
que no son siempre iguales
los bienes y los males,
y no hay acción alguna
más vil que sujetarse a la Fortuna.»
Yo le obedezco y dejo
mi aposento y mi esposo, y dél me alejo
y en mis brazos, sin bríos,
mal acomodo los vestidos míos.
Por donde voy no vía,
cada paso caía,
y era, Conde, forzoso,
por volver a mirar mi amado esposo.
Las cosas que me dijo
cuando la muerte me intimó y predijo,
los llantos, los clamores,
la blandura mezclada con rigores,
los acometimientos, los retiros,
las disputas, las dudas, los suspiros,
el verle amante y fiero,
ya derribarse el brazo, ya severo,
levantarle arrogante
como la llama en su postrero instante,
el templar sus enojos
con llanto de mis ojos,
el luchar, y no en vano,

con su puñal mi mano,
que con arte consiente
vencerse fácilmente,
como amante que niega
lo que desea dar a quien le ruega;
el esperar mi pecho
el crudo golpe, en lágrimas deshecho;
ver aquel mundo breve,
que en fuego comenzó y acabó nieve,
y verme a mí asombrada,
sin determinación, sola y turbada,
sin encontrar recurso
en mis pies, en mi mano, en mi discurso;
el dejarle en la tierra,
como suele en la sierra
la destroncada encina,
el que oyó de su guarda la bocina,
que deja al enemigo,
desierto el tronco en quien buscaba abrigo;
el buscar de mis puertas,
con las plantas inciertas,
las llaves, y sintiendo...
¡Aquí, señor, me ha de faltar el aliento!
El abrirlas a oscuras,
el no poder hallar las cerraduras,
tan turbada y sin juicio,
que la buscaba de uno en otro quicio,
y las penas que pasa
el corazón, cuando dejé mi casa,
por estas espesuras,
en cuyas ramas duras
hallarás mis cabellos,
¡pluguiera a Dios me suspendiera en ellos!
Te contaré otro día.
Agora ve, socorre al alma mía,
que queda deste modo;
yo lo perdono todo,
que no es, señor, posible
fuese su brazo contra mí terrible
sin algún fundamento;
bástele por castigo el mismo intento
y a mí por pena básteme el cuidado,
pues yace, si no muerto, desmayado.
Acúdele a mi esposo,
¡oh, Conde valeroso!,
sucesor y pariente

de tanta, con diadema, honrada frente;
así la blanca plata
que por tu grave pecho se dilata,
barra de España las moriscas huellas,
sin dejar en su suelo señal dellas,
que los pasos dirijas
adonde, si está vivo, le corrijas
de fiereza tan dura
y seas, porque cobre mi ventura
cuando de mí te informe,
árbitro entre los dos que nos conforme,
pues los hados fatales
me dieron el remedio entre los males,
pues mi fortuna quiso
hallase en ti favor, amparo, aviso;
pues que miran mis ojos
no salteadores de quien ser despojos,
pues eres, Conde ilustre,
gloria de Illán y de Toledo lustre;
pues que plugo a mi suerte
la vida hallase quien tocó la muerte.

CONDE

Digo es el caso de prudencia mucha,
éste es mi parecer. ¡Ah, Tello! Escucha.

(Sale TELLO)

Ya sabes, Blanca, como siempre es justo
acudas a mi gusto;
así, sin replicarme,
con Tello al punto, sin excusas darme,
en aqueso caballo, que lealmente
a mi persona sirve, juntamente
caminad a Toledo;
esto conviene, Blanca, esto hacer puedo.
Y tú, a Palacio llega,
a la Reina la entrega,
que yo voy a tu casa,
que por llegar el corazón se abrasa,
y de estar de tu parte
para servirte, Blanca, y ampararte.

TELLO

Vamos, señora mía.

DOÑA BLANCA

Más quisiera, señor, ver a García.

CONDE

Que aquesto importa advierte.

DOÑA BLANCA

Principio es de acertar, obedecerte.

(Vanse, y sale DON GARCÍA con el puñal desnudo)

DON GARCÍA

¿Dónde voy, ciego homicida?

¿Dónde me llevas, honor,

sin el alma de mi amor,

sin el cuerpo de mi vida?

¡Adiós, mitad dividida

del alma, sol que eclipsó

una sombra! Pero no,

que muerta la esposa mía,

ni tuviera luz el día,

ni tuviera vida yo.

¿Blanca muerta? No lo creo;

el cielo vida la dé,

aunque esposo la quité

lo que amante la deseo;

quiero verla, pero veo

sólo el retrete, y abierta

de mi aposento la puerta,

limpio en mi mano el puñal,

y en fin, yo vivo, señal

de que mi esposa no es muerta.

¿Blanca con vida, ¡ay de mí!,

cuando yo sin honra estoy?

Como ciego amante soy,

esposo cobarde fui.

Al Rey en mi casa vi

buscando mi prenda hermosa,

y aunque noble, fue forzosa

obligación de la ley

ser piadoso con el Rey

y tirano con mi esposa.

¡Cuántas veces fié al tirano

acero la ejecución!

¡y cuántas el corazón

dispensó el golpe a la mano!

Si es muerta, morir es llano;
si vive, muerto he de ser.
Blanca, Blanca, ¿qué he de hacer?
Mas, ¿qué me puedes decir,
pues sólo para morir
me has dejado en qué escoger?

(Sale el CONDE)

CONDE

Dígame vueseñoría:

¿Contra qué morisco alfanje
sacó el puñal esta noche,
que está en su mano cobarde?

¿Contra una flaca mujer,
por presumir, ignorante,
que es villana? Bien se acuerda
cuando propuso casarse,
que le dije era su igual,
y mentí, porque un Infante
de los Cerdas fue su abuelo,
si Conde su noble padre.

¿Y con una labradora
se afrentara? ¡Cómo sabe
que el Rey ha venido a verle
y por mi voto le hace
Capitán de aquesta guerra,
y me envía de su parte
a que le lleve a Toledo!...

¿Es bien que aquesto me pague
con su muerte, siendo Blanca
luz de mis ojos brillante?
Pues, ¡vive Dios!, que le había
de costar al loco, al fácil,
cuanta sangre hay en sus venas
una gota de su sangre.

DON GARCÍA

Decidme: Blanca, ¿quién es?

CONDE

Su mujer, y aquesto baste.

DON GARCÍA

Reportaos. ¿Quién os ha dicho
que quise matarla?

CONDE

Un ángel
que hallé desnudo en el monte;
Blanca, que entre sus jarales
perlas daba a los arroyos,
tristes suspiros al aire.

DON GARCÍA

¿Dónde está Blanca?

CONDE

A Palacio,
esfera de su real sangre,
la envié con un criado.

DON GARCÍA

¡Matadme, señor! ¡Matadme!
¡Blanca en Palacio, y yo vivo!
Agravios, honor, pesares,
¿cómo, si sois tantos juntos,
no me acaban tantos males?
¿Mi esposa en Palacio, Conde?
¿Y el Rey, que los Cielos guarden,
me envía contra Algecira
por capitán de sus haces
siendo en su opinión villano?
¡Quiera Dios que en otra parte
no desdore con afrentas
estas honras que me hace!
Yo me holgara, ¡a Dios pluguiera!,
que esa mujer que criasteis
en Orgaz para mi muerte,
no fuera de estirpes reales,
sino villana y no hermosa,
y a Dios pluguiera que antes
que mi pecho enterneciera,
aqueste puñal infame
su corazón, con mi riesgo,
le dividiera en dos partes;
que yo os escusara, Conde,
el vengarla y el matarme,
muriéndome yo primero.
¡Qué muerte tan agradable
hubiera sido, y no agora
oír, para atormentarme,

que está sin defensa adonde
todo el poder la combate!
Haced cuenta que mi esposa
es una bizarra nave
que por robarla, la busca
el pirata de los mares,
y en los enemigos puertos
se entró, cuando vigilante
en los propios la buscaba,
sin pertrechos que la guarden,
sin piloto que la rija
y sin timón y sin mástil.
No es mucho que tema, Conde,
que se sujete la nave
por fuerza o por voluntad
al capitán que la bate.
No quise, por ser humilde,
darla muerte, ni fue en balde;
creed que, aunque no la digo,
fue causa más importante.
No puedo decir por qué,
mas advertid que más sabe,
que el entendido en la ajena,
en su casa el ignorante.

CONDE
¿Sabe quién soy?

DON GARCÍA
Sois Toledo,
y sois Illán por linaje.

CONDE
¿Débeme respeto?

DON GARCÍA
Sí,
que os he tenido por padre.

CONDE
¿Soy su amigo?

DON GARCÍA
Claro está.

CONDE

¿Qué me debe?

DON GARCÍA
Cosas grandes.

CONDE
¿Sabe mi verdad?

DON GARCÍA
Es mucha.

CONDE
¿Y mi valor?

DON GARCÍA
Es notable.

CONDE
¿Sabe que presido a un reino?

DON GARCÍA
Con aprobación bastante.

CONDE
Pues confiese lo que siente,
y puede de mí fiarse
el valor de un caballero
tan afligido y tan grave,
dígame vueseñoría,
hijo, amigo, como padre,
como a amigo sus enojos;
cuénteme todos sus males,
refiérame sus desdichas.
¿Teme que Blanca le agravie?
Que es, aunque noble, mujer.

DON GARCÍA
¡Vive Dios, Conde, que os mate,
si pensáis que el sol ni el oro,
en sus últimos quilates,
para exagerar su honor
es comparación bastante!

CONDE
Aunque habla como debe,
mi duda no satisface

por su dolor regulada.
Solos estamos, acabe;
por la cruz de aquesta espada
de acudille y de amparalle,
si fuera Blanca mi hija,
que en materia semejante
por su honra depondré
el amor y las piedades.
Dígame si tiene celos.

DON GARCÍA
No tengo celos de nadie.

CONDE
Pues, ¿qué tiene?

DON GARCÍA
Tanto mal
que no podéis remedialle.

CONDE
Pues, ¿qué hemos de hacer los dos
en tan apretado lance?

DON GARCÍA
¿No manda el Rey que a Toledo
me llevéis? Conde, llevadme.
Mas decid: ¿Sabe quién soy
Su Majestad?

CONDE
No lo sabe.

DON GARCÍA
Pues vamos, Conde, a Toledo.

CONDE
Vamos, García.

DON GARCÍA
Id delante.

CONDE
(Aparte) Tu honor y vida amenaza,
Blanca, silencio tan grande,
que es peligroso accidente

mal que a los labios no sale.

DON GARCÍA

(Aparte) ¿No estás en Palacio, Blanca?

¿No fuiste y me dejaste?

Pues venganza será ahora
la que fue prevención antes.

(Vanse, y salen la REINA y DOÑA BLANCA)

REINA

De vuestro amparo me obligo,
y creedme que me pesa
de vuestros males, Condesa.

DOÑA BLANCA

(Aparte) (¿Condesa? No habla conmigo.)

Mire Vuestra Majestad
que de quien soy no se acuerda.

REINA

Doña Blanca de la Cerda,
prima, mis brazos tomad.

DOÑA BLANCA

Aunque escuchándola estoy
y sé no puede mentir,
vuelvo, señora, a decir,
que una labradora soy,
tan humilde, que en la villa
de Orgaz pobre me crié
sin padre.

REINA

Y padre que fue
propuesto Rey en Castilla.
De don Sancho de la Cerda
sois hija; vuestro marido
es, Blanca, tan bien nacido
como vos, y pues sois cuerda,
y en Palacio habéis de estar,
en tanto que vuelve el Conde,
no digáis quién sois, y adonde
ha de ser voy a ordenar.

(Vase)

DOÑA BLANCA

¿Habrá alguna, Cielo injusto,
a quien dé el hado cruel
los males tan de tropel
y los bienes tan sin gusto
como a mí? ¿Ni podrá estar
viva con mal tan esento,
que no da vida un contento
y da la muerte un pesar?
¡Ay, esposo, qué de enojos
me debes! Mas pesar tanto,
¿cómo lo dicen sin llanto
el corazón y los ojos?

(Pone un lienzo en el rostro y sale DON MENDO)

DON MENDO

Labradora que al abril
florida en la gala imita,
de los bellos ojos quita
ese nublado sutil,
si no es que, con perlas mil,
bordas, llorando, la Holanda.
¿Quién eres? La Reina manda
que te guarde, y ya te espero.

DOÑA BLANCA

Vamos, señor caballero,
el que trae la roja banda.

DON MENDO

Bella labradora mía,
conócesme acaso?

DOÑA BLANCA

Sí;
pero tal estoy, que a mí
apenas me conocía.

DON MENDO

Desde que te vi aquel día
cruel para mí, señora,
el corazón que te adora
ponerse a tus pies procura.

DOÑA BLANCA

(Aparte) ¡Sólo aquesta desventura,
Blanca, te faltaba ahora!

DON MENDO

Anoche en tu casa entré
con alas de amor por verte,
mudaste mi feliz suerte,
mas no se mudó mi fe;
tu esposo en ella encontré,
que cortés me resistió.

DOÑA BLANCA

¿Cómo? ¿Qué decís?

DON MENDO

Que no,
Blanca, la ventura halla
amante que va a buscalla,
sino acaso, como yo.

DOÑA BLANCA

Ahora sé, caballero,
que vuestros locos antojos
son causa de mis enojos
que sufrir y callar quiero.

(Sale DON GARCÍA)

DON GARCÍA

(Aparte) Al conde de Orgaz espero.
Mas, ¿qué miro?

DON MENDO

Tu dolor
satisfaré con amor.

DOÑA BLANCA

Antes quitaréis primero
la autoridad a un lucero,
que no la luz a mi honor.

DON GARCÍA

(Aparte) ¡Ah, valerosa mujer!
¡Oh, tirana Majestad!

DON MENDO

Ten, Blanca, menos crueldad.

DOÑA BLANCA

Tengo esposo.

DON MENDO

Y yo poder,
y mejores han de ser
mis brazos que honra te dan
que no sus brazos.

DOÑA BLANCA

Sí, harán,
porque bien o mal nacido,
el más indigno marido
excede al mejor galán

DON GARCÍA

(Aparte) Mas, ¿cómo puede sufrir
un caballero esta ofensa?
Que no le conozco piensa
el Rey; saldréle a impedir.

DON MENDO

¿Cómo te has de resistir?

DOÑA BLANCA

Con firme valor.

DON MENDO

¿Quién vio
tanta dureza?

DOÑA BLANCA

Quien dio
fama a Roma en las edades.

DON MENDO

¡Oh, qué villanas crueldades!
¿Quién puede impedirme?

DON GARCÍA

Yo,
que esto sólo se permite
a mi estado y desconsuelo,

que contra rayos del cielo
ningún humano compite,
y sé que aunque solicite
el remedio que procuro,
ni puedo ni me aseguro
que aquí, contra mi rigor,
ha puesto un muro el amor
y aquí el respeto otro muro.

DOÑA BLANCA
¡Esposo mío, García!

DON MENDO
(Aparte) (Disimular es cordura.)

DON GARCÍA
¡Oh malograda hermosura!
¡Oh poderosa porfía!

DOÑA BLANCA
¡Grande fue la dicha mía!

DON GARCÍA
¡Mi desdicha fue mayor!

DOÑA BLANCA
Albricias pido a mi amor.

DON GARCÍA
Venganza pido a los Cielos,
pues en mis penas y celos
no halla remedio el honor;
mas este remedio tiene:
vamos, Blanca, al Castañar.

DON MENDO
En mi poder ha de estar
mientras otra cosa ordene,
que me han dicho que conviene
a la quietud de los dos
el guardalla.

DON GARCÍA
Guárdeos Dios
por la merced que la hacéis;
mas no es justo vos guardéis

lo que he de guardar de vos;
que no es razón natural,
ni se ha visto ni se ha usado,
que guarde el lobo al ganado
ni guarde el oso al panal.
Antes, señor, por mi mal
será, si a Blanca no os quito,
siendo de vuestro apetito,
oso ciego, voraz lobo,
o convidar con el robo
o rogar con el delito.

DOÑA BLANCA
Dadme licencia, señor.

DON MENDO
Estás, Blanca, por mi cuenta,
y no has de irte.

DON GARCÍA
Esta afrenta
no os la merece mi amor.

DON MENDO
Esto ha de ser.

DON GARCÍA
Es rigor
que de injusticia procede.

DON MENDO
(Aparte) (Para que en Palacio quede
a la Reina he de acudir.)
De aquí no habéis de salir,
ved que lo manda quien puede.

(Vase)

DON GARCÍA
Denme los Cielos paciencia,
pues ya me falta el valor,
porque acudiendo a mi honor
me resisto a la obediencia.
¿Quién vio tan dura inclemencia?
Volved a ser homicida,
mas del cuerpo dividida

el alma, siempre inmortales
serán mis penas, que hay males
que no acaban con la vida.

DOÑA BLANCA

García, guárdete el Cielo;
fénix, vive eternamente
y muera yo, que inocente
doy la causa a tu desvelo,
que llevaré por consuelo,
pues de tu gusto procede
mi muerte, tú vive y quede
viva en tu pecho al partirme.

DON GARCÍA

¿Qué, en efeto, no he de irme?
No, que lo manda quien puede.

DOÑA BLANCA

Vuelve, si tu enojo es
porque, rompiendo tus lazos,
la vida no di a tus brazos;
ya te la ofrezco a tus pies.
Ya sé quien eres, y pues
tu honra está asegurada
con mi muerte, en tu alentada
mano blasone tu acero,
que aseguró a un caballero
y mató a una desdichada;
que quiero me des la muerte
como lo ruego a tu mano,
que si te temí tirano,
ya te solicito fuerte;
anoche temí perderte
y ahora llego a sentir
tu pena; no has de vivir
sin honor, y pues yo muero
porque vivas, sólo quiero
que me agradezcas morir.

DON GARCÍA

Bien sé que inocente estás
y en vano a mi honor previenes,
sin la culpa que no tienes,
la disculpa que me das.
Tu muerte sentiré más,

yo sin honra y tú sin culpa;
que mueras el amor culpa,
que vivas siente el honor,
y en vano me culpa amor
cuando el honor me disculpa.

Aquí admiro la razón,
temo allí la Majestad:
matarte será crueldad,
vengarme será traición,
que tales mis males son
y mis desdichas son tales,
que unas a otras iguales
de tal suerte se suceden,
que sólo impedir se [...en]
las desdichas con los males.
Y sin que me falte alguno,
los hallo por varios modos,
con el sentimiento a todos,
con el remedio a ninguno;
en lance tan importuno
consejo te he de pedir,
Blanca, mas si has de morir,
¿qué remedio me has de dar,
si lo que he de remediar
es lo que llevo a sentir?

DOÑA BLANCA

Si he de morir, mi García,
no me trates desa suerte,
que la dilatada muerte
especie es de tiranía.

DON GARCÍA

¡Ay, querida esposa mía,
qué dos contrarios extremos!

DOÑA BLANCA

Vamos, esposo.

DON GARCÍA

Esperemos
a quien nos pudo mandar
no volver al Castañar.
Aparta, y disimulemos.

(Salen el REY, y la REINA, el CONDE y DON MENDO, y los que pudieren)

REY

¿Blanca en Palacio y García?
Tan contento de ello estoy,
que estimaré tengan hoy
de vuestra mano y la mía
lo que merecen.

DON MENDO

No es bueno
quien por respetos, señor,
no satisface su honor
para encargarle el ajeno.
Créame, pues se confía
de mí Vuestra Majestad.

REY

(Aparte) (Ésta es poca voluntad.)
Mas allí Blanca y García
están. Llegad, porque quiero
mi amor conozcáis los dos.

DON GARCÍA

Caballero, guárdeos Dios.
Dejadnos besar primero
de Su Majestad los pies.

DON MENDO

Aquél es el Rey, García.

DON GARCÍA

(Aparte) (¡Honra desdichada mía!
¿Qué engaño es éste que ves?)
A los dos, Su Majestad...
besar la mano, señor...
pues merece este favor...
que bien podéis...

REY

Apartad,
quidad la mano, el color
habéis del rostro perdido.

DON GARCÍA

(Aparte) (No le trae el bien nacido
cuando ha perdido el honor.)

Escuchad aquí un secreto:
sois sol, y como me postro
a vuestros rayos, mi rostro
descubrió claro el defeto.

REY
¿Estáis agraviado?

DON GARCÍA
Y ve
mi ofensor, porque me asombre.

REY
¿Quién es?

DON GARCÍA
Ignoro su nombre.

REY
Señaládmele.

DON GARCÍA
Sí haré.

(A Don Mendo) Aquí fuera hablaros quiero
para un negocio importante,
que el Rey no ha de estar delante.

DON MENDO
(A Don García) En la antecámara espero.
(Vase)

DON GARCÍA
¡Valor, corazón, valor!

REY
¿Adónde, García, vais?

DON GARCÍA
A cumplir lo que mandáis,
pues no sois vos mi ofensor.

(Vase)

REY
Triste de su agravio estoy;

ver a quién señala quiero.

DON GARCÍA

(Dentro) ¡Éste es honor, caballero!

REY

¡Ten, villano!

DON MENDO

¡Muerto soy!

(Sale DON GARCÍA, envainando el puñal ensangrentado)

DON GARCÍA

No soy quien piensas, Alfonso,
no soy villano, ni injurio
sin razón la inmunidad
de tus palacios augustos.
Debajo de aqueste traje
generosa sangre encubro,
que no sé más de los montes
que el desengaño y el uso.
Don Fernando el Emplazado
fue tu padre, que difunto
no menos que ardiente joven
asombrado dejó el mundo,
y a ti de un año, en sazón
que campaba el moro adusto,
y comenzaba a fundar
en Asia su imperio el turco.
Eran en Castilla entonces
poderosos, como muchos,
los Laras, y de los Cerdas
cierto el derecho, entre algunos,
a tu corona, si bien
Rey te juraron los tuyos,
lealtad que en los castellanos
solamente caber pudo.
Murmuraban en la Corte
que el conde Garci Bermudo
que de la paz y la guerra
era señor absoluto,
por tu poca edad y hacer
reparo a tantos tumultos,
conspiraba a que eligiesen
de tu sangre Rey adulto,

y a don Sancho de la Cerda
quieren decir que propuso,
si con mentira o verdad,
ni le defiendo ni arguyo;
mas los del gobierno, antes
que fuese en el fin Danubio
el que era apenas arroyo,
o fuese rayo futuro
la que era apenas centella,
la vara, tronco robusto,
preso restaron al Conde
en el Alcázar de Burgos.
Don Sancho, con una hija
de dos años huyó oculto,
que no fio su inocencia
del juicio de tus tribunales;
con la presteza, quedó
desvanecido el obscuro
nublado que a tu corona
amenazaba confuso.
Su esposa, que estaba cerca,
vino a la ciudad, y trujo
consigo un hijo que entraba
en los términos de un lustro;
pidió de noche a los guardas
licencia de verle, y pudo
alcanzarla, si no el llanto,
el poder de mil escudos.
«No vengo -le dijo- esposo,
cuando te espera un verdugo,
a afligirte, sino a dar
a tus desdichas refugio
y libertad.» Y sacó
unas limas de entre el rubio
cabello con que limar
de sus pies los hierros duros;
y ya libre, le entregó
las riquezas que redujo
su poder, y con su manto
de suerte al Conde compuso,
que entre las guardas salió
desconocido y seguro
con su hijo; y entre tanto
que fatigaba los brutos
andaluces, en su cama
sustituía otro bulto.

Manifestóse el engaño
otro día, y presa estuvo,
hasta que en hombros salió
de la prisión al sepulcro.
En los montes de Toledo
para el Conde, entre desnudos
peñascos, y de una cueva
vivía el centro profundo,
hurtado a la diligencia
de los que en distintos rumbos
le buscaron; que trocados
en abarcas los coturnos,
la seda en pieles, un día
que se vio en el cristal puro
de un arroyo, que de un risco
era precipicio inundo,
hombre mentido con pieles,
la barba y cabello infurto
y pendientes de los hombros,
en dos aristas diez juncos;
viendo su retrato en él,
sucedido de hombre en bruto,
se buscaba en el cristal
y no hallaba su trasunto;
de cuyas campañas, antes
que a las flores los coluros
del sol en el lienzo vario
diesen el postrer dibujo,
llevaba por alimento
fruta tosca en ramo inculto,
agua clara en fresca piel,
dulce leche en vasos rudos,
y a la escasa luz que entraba
por la boca de aquel mustio
bostezo que dio la tierra
después del común diluvio,
al hijo las buenas letras
le enseñó, y era sin uso
ojos despiertos sin luz
y una fiera con estudio.
Pasó joven de los libros
al valor, y al colmilludo
jabalí opuesto a su cueva,
volvía en su humor purpúreo.
Tenía el anciano padre
el rostro lleno de sulcos

cuando le llamó la muerte,
débil, pero no caduco;
y al joven le dijo: «Orgaz
yace cerca, importa mucho
vayas y digas al Conde
que a aqueste albergue noturno
con un religioso venga,
que un deudo y amigo suyo
le llama para morir.»
Habló al Conde, y él dispuso
su viaje sin pedir
cartas de creencia al nuncio.
Llegan a la cueva, y hallan
débiles los flacos pulsos
del Conde, que al huésped dijo,
viendo le observaba mudo:
«Ves aquí, conde de Orgaz,
un rayo disuelto en humo,
una estatua vuelta en polvos,
un abatido Nabuco;
éste es mi hijo.» Y entonces
sobre mi cabeza puso
su débil mano. «Yo soy
el conde Garci Bermudo;
en ti y estas joyas tenga
contra los hados recurso
este hijo, de quien padre
piadoso te sustituyo».
Y en brazos de un religioso,
pálido y los ojos turbios,
del cuerpo y alma la muerte
desató el estrecho nudo.
Llevámosle al Castañar
de noche, porque sus lutos
nos prestase, y de los cielos
fuesen hachas los carbunclos,
adonde con mis riquezas
tierras compro y casas fundo;
y con Blanca me casé,
como a Amor y al Conde plugo.
Vivía sin envidiar
entre el arado y el yugo,
las Cortes, y de tus iras
encubierto me aseguro.
Hasta que anoche en mi casa
vi aqueste huésped perjuro,

que en Blanca, atrevidamente,
los ojos lascivos puso;
y pensando que eras tú,
por cierto engaño que dudo,
le respeté, corrigiendo
con la lealtad lo iracundo;
hago alarde de mi sangre,
venzo al temor, con quien lucho;
pídeme el honor venganza,
el puñal luciente empuño,
su corazón atravieso;
mírale muerto, que juzgo
me tuvieras por infame
si a quien de este agravio acuso
le señalara a tus ojos
menos, señor, que difunto.
Aunque sea hijo del sol,
aunque de tus grandes uno,
aunque el primero en tu gracia,
aunque en tu imperio el segundo,
que esto soy, y éste es mi agravio,
éste el ofensor injusto,
éste el brazo que le ha muerto,
éste divida un verdugo.
Pero en tanto que mi cuello
esté en mis hombros robusto,
no he de permitir me agravie
del Rey abajo, ninguno.

REINA
¿Qué decís?

REY
¡Confuso estoy!

DOÑA BLANCA
¿Qué importa la vida pierda?
De don Sancho de la Cerda
la hija infelice soy;
si mi esposo ha de morir,
mueran juntas dos mitades.

REY
¿Qué es esto, Conde?

CONDE

Verdades
que es forzoso descubrir.

REINA
Obligada a su perdón
estoy.

REY
Mis brazos tomad;
los vuestros, Blanca, me dad;
y de vos, Conde, la acción
presente he de confiar.

DON GARCÍA
Pues toque el parche sonoro,
que rayo soy contra el moro
que fulminó el Castañar.
Y verán en sus campañas
correr mares de carmín,
dando con aquesto fin
y principio a mis hazañas.